

## ANDRES PEREZ DE RIVAS, S.J.

Nativo de Córdoba, Andalucía, en donde nació en 1576. Falleció en México en 1655.

Eclesiástico que ingresó a la Compañía. Sirvió en las misiones del Occidente de México durante varios años, familiarizándose con los grupos indígenas de esa región, cuyas costumbres y manera de ser narra con detenimiento, por lo cual su obra tiene un valor etnográfico.

Fue Prepósito de la Profesa y Provincial de la Compañía (1638-41). Sus obras más importantes son: *Historia de los triumphos de Nuestra Santa Fe entre las gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*, editada en Madrid en 1645; la *Crónica e Historia Religiosa de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, publicada fragmentariamente en México, 1896 y en 1914; *Vida, virtudes y muerte del P. Juan de Ledesma de la Compañía de Jesús* (1636); *Respuesta al Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox, Obispo de la Puebla, sobre la renta de los Colegios de los Jesuitas de Puebla y México* (1641); y otras más.

La *Historia de los triumphos de Nuestra Santa Fe*, fue reeditada con un estudio de Raúl Cervantes Ahumada, en 3 vol. en México, Editorial Layac, 1944, y se encuentra impresa con *Los Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. El estudio de Cervantes Ahumada ocupa las pp. 87-95 del tomo I.

Datos importantes acerca de la obra de los escritores de la Compañía pueden verse en Francisco Zambrano, *Diccionario Bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, 4 vol. México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Iberoamericana, 1961.

Fuente: Andrés Pérez de Rivas, S.J. *Historia de los triunfos de N.S. Fe, entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*. 3 v. México, Editorial Layac, 1944. III-164-177.

### LA REBELION DE LOS TEPEHUANES

Primero que se escriba la resolución fiera, bárbara e infiel que tomó esta nación debo declarar cual fue el motivo y causa de uno de los mayores alborotos, inquietud y estrago de guerra que se vio en la Nueva-España: y aun podemos decir, el mayor que ha habido en ella, después que se conquistó y ganó. Porque aunque es cierto, que después de ganado el Imperio Mexicano, por largo tiempo tuvieron los españoles

grandes encuentros y asaltos con la muy nombrada y fiera nación llamada Chichimeca, nunca esa fiera nación ejecutó ímpetu de guerra, que causara el grande destrozo que la Tepehuana. Para la cual habemos de dejar asentado aquí, lo que fue notorio, que los españoles, ni con mal tratamiento ni con agravios que hiciesen a tepehuanes, les dieron ocasión, ni la pudieron alegar, ni mucho menos contra sus Padres ministros de doctrina, para faltar a la fe que debían a Dios, ni para quebrantar la paz que habían asentado con los españoles y con su rey, debajo de cuyo amparo se habían puesto: porque sólo intervino aquí un mero ardid y traza inventada de Satanás y recibida desta ciega gente, que enfureció sus ánimos para armarlos contra la fe de Cristo y todo lo que era cristiandad; lo cual mostraron en todas cuantas acciones ejecutaron en su dañado intento. Y manifestóse esto aún más claramente en los principales motores y autores del alzamiento, que fueron diabólicos hechiceros, que tenían familiar trato con el demonio. Escribiré aquí el caso como sucedió, sacado sumariamente de dos informaciones auténticas, que hicieron, la una el gobernador de la Nueva Vizcaya, con testigos conformes y otra el vicario episcopal de la ciudad de Guadiana, por parte de religión e iglesia que le tocaba, a que se añadieron otras cartas de Padres, que se hallaron en la comarca al tiempo del alzamiento.

El caso tuvo su principio en la forma siguiente: Había un indio viejo en esta nación, grande hechicero y de muy familiar trato con el demonio y aunque se había bautizado, o fue con disimulación de que abjuraba ese diabólico trato; o si de veras lo había renunciado, retrocedió y volvió a él, como lo han hecho otros muchos herejes en el mundo. Este apostató de la fe y trayendo consigo un ídolo, por medio del cual se entendía con el demonio y era como su oráculo, entró en el pueblo de Santiago y en otros llamados del Tunal y Tenerapa, vecinos a Guadiana, introduciendo pláticas perversas contra nuestra santa fe, y con intento dañado de ir disponiendo la gente, para que la desamparasen y se rebelasen contra Dios y contra el rey. Tuvo alguna noticia de la inquietud deste indio el gobernador de la Nueva Vizcaya en Guadiana: hizo información del caso y no sacando en limpio más, de que aquella había sido alguna superstición diabólica y antigua desta gente, se contentó con un castigo ordinario de azotes, que mandó dar al indio y sus consortes, por el escándalo que

habían causado en aquellos pueblos. Era sagaz y endemoniado el hechicero, y para disimular su intento (en que todavía duraba, como lo mostró el efecto) buscó una imagen de un santo crucifijo y haciendo una demostración della delante de alguna gente, dijo, que aquel Dios era el que él adoraba y sus compañeros. Pero después desta disimulación, se fue al dicho pueblo de tepehuanes bautizados, llamado Tenerapa, no muy distante del de Santiago Papazquiario y en él hizo adorar a su ídolo, persuadiendo a los indios con sus embustes y mañas, que él con su ídolo era Dios y que entrambos estaban enojados y ofendidos, porque habiendo señalado por tierra y patria a los españoles, los reinos de allende el mar en España, sin su licencia hubiesen pasado a estas partes, poblado en sus tierras e introducido la Ley Cristiana, de que él los quería libertar. Para cuyo efecto y desenojar a sus verdaderos dioses, convenía pasar a cuchillo a todos los antiguos cristianos, y principalmente a los sacerdotes y Padres que los doctrinaban y a todos los españoles de la comarca: y que de no hacerlo así, les había de sobrevenir gran castigo, de enfermedades, pestilencias y hambres. Pero que de obedecerle, les prometía seguridad de sus vidas, mujeres e hijos y la victoria contra españoles: porque aunque algunos muriesen en la guerra, dentro de siete días les prometía la resurrección. Y amontonando embustes del que es padre de la mentira y su demonio familiar; añadió, que después de la victoria que les había prometido, los viejos y viejas se volverían a su primera edad de mozos. Apetito que sabe el demonio cuanto reina en los hombres, que ni aun en la apariencia quieren ser viejos. Y servíase dél en esta ocasión, con otras patrañas, para pervertir gente ignorante, como lo ha hecho otras muchas veces con otros de más capacidad, para efectos semejantes. No parando en sus embustes y mentirosas promesas el engañador, les aseguraba, que acabarían con los españoles que estaban en su comarca, y después él, como Dios, con su ídolo, impediría el paso y navegación de nuevos españoles a estas tierras, causando tempestades en el mar y hundiendo sus navíos. En confirmación, finalmente, de toda esta diabólica doctrina y patraña y para atemorizarlos más y asombrarlos con miedos y espantos, les ponía delante un caso, que era constante fama que en la substancia había sucedido, aunque en el intento con que Dios lo permitió, si él fue en parte verdadero, entremetería el indio sus embustes. Pero en efecto confesaron los

indios que había pasado. Este fue, que un indio llamado Sebastián, natural de Tenerapa y una india llamada Justina, natural de Papazquiario habiéndose abierto la tierra, los había tragado: y esto fue por mandato del dicho hechicero, por no haber obedecido: y que lo mismo había sucedido a otro indio en otro pueblo llamado Cacaria. Con esta diabólica doctrina, sembrada y repetida con grande secreto en varios puestos y pueblos, el indio endemoniado traía dementada y embaucada a la gente. Y éste finalmente fue el origen y causa total del alzamiento y rebelión y de la apostasía lastimosa de la Nación Tepehuana.

No contento el indio hechicero, o demonio revestido en él, con las diligencias hechas con su nación Tepehuana, pasó a hacer las mismas, y añadiendo otras de nuevo, para espantar y rebelar otras naciones comarcanas de acaxees y xiximes, ya cristianas. Apareció a los xiximes el indio, que era viejo, en forma juvenil y de mozo con un arco y dos flechas en la mano y con un ídolo de piedra de media vara de alto, que hablaba en todas las lenguas y el viejo interpretaba lo que la piedra les decía, apareciendo con resplandores. Y no es nuevo este embuste en el demonio, que dél escribió San Pablo a los corintios, que se transfigura en ángel de luz, y más para pervertir a los fieles de la verdadera fe de Cristo, que es de lo que ahí trataba el sagrado apóstol. A otros de la nación acaxee se mostró tomando figura de mozo y con un cristal como espejo sobre el vientre, el cual decían, que con eminencia hablaba en todas lenguas, y que las palabras que sonaban, era con tal fuerza, que sentían los indios o les parecía, que les hacían violencia y ser imposible dejar de hacer lo que les mandaba. Anticristo pudiéramos decir que fue éste, de los que decía el evangelista San Juan, que había en su tiempo: *Nunc Antichristi multifacti sunt*. Y lo cierto es, que este perverso hechicero fue e hizo oficio de Anticristo con su nación, y no sé si hará mucho mayores daños en las de todo el mundo, el célebre y que se llama por antonomasia Anticristo, que los que este perverso indio hizo en su nación, y los que pretendió en las vecinas. Fama corrió entre los españoles de la comarca, que el demonio que estuvo revestido en este viejo, fue el mismo que apareció en una demostración célebre, que atrás queda referida en el libro segundo, capítulo treinta y cinco; y sucedió en la nación Guazave, donde siendo lanzado de una india con exorcismos por el Padre sacerdote y minis-

tro de doctrina, día de nuestro Padre San Ignacio, salió echando amenazas, de que aunque él salía de allí, iría a parte donde se la pagarían los Padres y no pasó muy largo tiempo, que armó ésta contra los miserables tepehuanes y los dichos Padres. Finalmente con los encantados o endemoniados enredos que dichos quedan y duraron algunos meses, iba trabucando los ánimos el encantador, y pervirtiendo ya unos, y otros, pero de suerte que no se extendiesen sus embustes, que fueron muchos más que los que había averiguado el gobernador de la Vizcaya, el cual tampoco se persuadió, que hubiese pasado tan adelante el fuego de la conjuración. Con que por último remate el indio hechicero resolvió y asentó con su gente tepehuana la traición, determinando con las cabezas del alzamiento que le seguían, la traza con que se había de ejecutar: y fue en esta forma: que todos sus pueblos se dispusiesen con sus armas para a un mismo tiempo y día dar sobre los españoles en sus estancias y en los reales de minas que estaban cercanos, y los acabasen a todos, y muriesen con cuantos Padres sacerdotes hubiese en la tierra.

Y por cuanto la festividad de Nuestra Señora que presto se llegaba, era muy solemne en el pueblo de Zape (que era dedicado a la Virgen) y este año se había de ser de más concurso, porque sabían que se había de colocar en el altar su imagen, llevada de México (noticias todas que estos apóstatas, como enseñados en misterios cristianos, las alcanzaban); y los Padres no persuadidos a que esta gente estuviese tan maleada proseguían con ellos, para ese día rebelándose todos, a una, diesen asalto y acabasen con todo y ejecutasen su intento. Y asegurábanse en él, diciendo, que congregados los españoles en el Zape, ni estarían prevenidos ni armados, de suerte, que pudiesen resistir a su ímpetu: y desamparados sus lugares y reales, las tropas tepehuanas, que se habían de repartir, podrían en cada parte dar sobre la gente que allí hubiese y acabarla y destruirlo todo a fuego y sangre. Éste fue el trato y conjuración que quedó resuelta y asentada en este concilio de Satanás y de sus ministros, contra Cristo y cristos del Señor sus sacerdotes: con quienes era la más enfurecida rabia del demonio y contra las iglesias e imágenes santas y contra todo lo que era sagrado, que todo lo abrasó y arrasó la ejecución de la apostasia en la forma siguiente:

Determinada había quedado la ejecución de la conjuración y alzamiento general en todos los pueblos tepehuanos, para

veinte y uno de noviembre del año de mil y seiscientos y diez y seis; pero los indios del pueblo de Santa Catalina, de quienes queda dicho que eran los más fieros de esta nación, anticiparon la facción cinco días antes, con la ocasión que diré. Un arriero de los que trajinaban ropa y mercaderías a los reales de minas de la comarca, había parado con su ropa y la había depositado en una casa del pueblo de Santa Catalina. Al mismo tiempo llegó otro de camino y en su compañía el Padre Hernando de Tovar, religioso nuestro, que volvía de la villa de Culiacán, su patria y del real de San Andrés, adonde había ido a negocios que le había encargado la santa obediencia. Entendiendo, pues, los indios que esta era buena ocasión, lo uno, para dar saco a la ropa y mercaderías, que el primer arriero había depositado en su pueblo; y lo otro, para quitar la vida a aquel Padre que pasaba, que aunque no era su ministro, había doctrinado otros indios y era como los que doctrinaban en la Misión Tepehuana y contra quienes siempre fue la rabia del demonio; anticiparon la facción al día que tenían señalado. Al tiempo, pues, que el Padre iba a subir a la mula para proseguir su camino, preparados ya con sus armas y con demostraciones de fiereza, venían para él tales, que reconociendo el compañero español, que aquella furia era de indios restados y de dañada intención, poniéndose él a caballo, dio voces al Padre, antes que llegaran a él, para que subiera en su mula y se escapara de la canalla. Aquí respondió el siervo de Dios: si ya es llegada la hora recibamos la que nos envía Dios. Y hartos prenuncios tuvo della, los cuales dejamos escritos en su vida y en el capítulo diez y nueve del libro nono, y aquí se dejan por no repetirlos. Arremetieron finalmente los enfurecidos tepehuanes con flechazos y echando mano del religioso Padre, lo agarraron, diciendo y blasfemando: ¿veamos este que es santo, cómo lo resucita su Dios? que piensan éstos, que no hay sino enseñar Padre nuestro, que estás en los cielos; y Dios te salve María. El santo Padre, con ánimo intrépido y constante les comenzó a predicar de la fe santa cristiana, contra que ellos blasfemaban. No se amansaron lobos tan rabiosos, que tenía ya el demonio tan enfurecidos y hambrientos de la presa agarrada, que sin aguardar más razones y estando predicando, uno le dio una lanzada por los pechos, con que brevemente expiró encomendándose con grande afecto a Dios, N.S. y llamándole en su ayuda, año arriba dicho, a diez y seis de noviembre. Vio al bendito

Padre antes de expirar, despojado de todos sus vestidos y atravesado el pecho, un indio cristiano mexicano, criado de los españoles, que se halló allí, al cual habían maniatado los enemigos y después se les escapó y vino a aportar a Guadiana, donde confirmó con juramento lo dicho. El español en cuya compañía venía el Padre, estuvo más presto en subir al caballo, al tiempo que acometieron flechando al padre: y apretando las espuelas, a carrera partió y no lo pudieron alcanzar los enemigos, dejándoles la recua que traía en prendas. Vino a parar a una estancia más cercana de españoles, llamada Atotonilco; donde ya halló recogidos los de la comarca, que avisados de los Padres que estaban en Papazquiari, del alboroto de los indios, se habían acogido para repararse del ímpetu de los enemigos en aquella casa de campo. Al mismo tiempo y con el mismo intento, llegó a ella un Padre religioso de San Francisco, llamado fr. Pedro Gutiérrez, juntándose por todas como doscientas personas, chicas y grandes, las que allí habían concurrido. El día siguiente a la muerte del P. Hernando de Tovar, los mismos indios de Santa Catalina, que se la habían dado, vinieron con la misma furia a poner cerco a la casa donde se habían recogido los españoles. Comenzaron luego la batalla con bárbara algazara y baldones y con tal ímpetu de flechas, piedras y fuego que pegaron a la casa, rompiéndola por varios portillos y por alto de la azotea y arrojando por ellos adentro fuegos encendidos con chile, que en España llaman pimientos, pretendieron acabar con cuantos aquí estaban juntos. El humo fatigó cruelmente a la gente y con la tos que causaba el humo de pimiento, que es fortísimo, echaban las entrañas y murieron algunos con esta fatiga. Tenían muy poca munición los españoles y menos armas defensivas: y viéndose tan fatigados se determinaron de subir a pelear de la manera que pudiesen y defenderse desde la azotea; pero la desgracia fue, que se les acabó esa munición que tenían: y finalmente se vieron obligados a ponerse en las manos de aquellos bárbaros y a los conciertos de paz que ellos escogiesen en tan apretada ocasión. Ningunos admitieron, los que estaban enfurecidos por el mismo demonio, antes ejercitaron extrañas crueldades en hombres, mujeres y niños; y a todas las doscientas personas mataron con grande crueldad, fuera de dos que después diré. Murieron todos habiéndose confesado y muchas veces, como los que se disponían para morir; que para eso parece había Dios llevado allí al bendito Padre fray Pe-

dro Gutiérrez, a quien también quitaron la vida. Porque habiendo salido de la casa el santo religioso a predicarles, con un crucifijo en las manos cuando los indios daban la batería, y rogarles que se quitasen y no cometiesen tan grande maldad y delito como el que ejecutaban; ellos sin perder de su furor le tiraron un flechazo, que le atravesó el estómago, de que quedó muerto. Levantó el santo crucifijo, que había sacado el religioso Padre, un niño españolito de catorce años y muy virtuoso, que había estudiado en nuestros estudios de México y había llegado aquí en esta ocasión, llamado Pedro Ignacio: porque él y sus padres habían recibido particulares beneficios de nuestro patriarca San Ignacio, y Dios tenía a este niño para que acabase su vida tan temprano, con muerte muy parecida de mártir, pues murió con el crucifijo en las manos y protestando nuestra santa fe, que era la que perseguían los apóstatas de ella, que finalmente le dieron la muerte. Y por ser largo el discurso desta persecución y muchos los casos y varios los puntos donde sucedieron, por no hacer largos los capítulos, será forzoso dividir los sucesos en ellos.

Dije de paso en el capítulo antecedente, que dos españoles se escaparon de la matanza general y lastimosa que allí se hizo. Y quiso Dios que éstos se escapasen, para que hubiese testigos de lo que había pasado; y también dar aviso a la ciudad de Guadiana, de lo que pasaba del general alzamiento de la nación Tepehuana. Los dos españoles fueron, el uno llamado Lucas Benítez, que se escondió en el hueco de una pared, donde se pudo librar porque no le vieron los indios. El otro llamado Cristóbal Martínez de Urdaide, hijo del capitán de Sinaloa que ahí había llegado y había estado años antes entre la nación Tepehuana. Este valiéndose en esta ocasión de un indio tepehuán, que conocía y con quien había tenido alguna amistad, que acertó a hallarse allí, le rogó lo amparase: el indio siendo fiel en esta ocasión, pero disimulado por el temor de sus compañeros y naturales tepehuanes, agarró dél diciendo, que a aquel español lo quería y había de ahogar en el río; y diciendo y haciendo lo sacó de entre la demás gente y lo puso en paraje donde lo dejó escondido, para que pudiese huir con la oscuridad de la noche, como lo hizo el venturoso español; quedando el indio con el temor de que por el hecho lo mataran sus compañeros; lo cual no entendieron, encarnizados en las muertes de la demás gente y pi-



llaje de la casa, que todo lo destruyeron. Estos dos caminando unas doce leguas por fuera de camino, desnudos y casi muertos de hambre llegaron a Guadiana y dieron noticia del suceso desastrado deste paraje.

El mismo día del destrozo de Atotonilco tuvieron algo mejor suerte, por particular providencia de nuestro señor, los españoles que se habían recogido en otro llamado Guatimapé, y a quienes tenía apretados otra cuadrilla de tepehuanes, con chuzos de Brasil, flechas, hachas, barretas de minas que habían acogido y aún algunos arcabuces, que ya sabían disparar como andaban entre españoles. Destos se habían recogido a esta distancia, como treinta hombres. Comenzaron los enemigos la batería, y los españoles que acertaron a hallarse con arcabuces, la rebatían desde la azotea de la casa. Pero la flechería de los indios era tan furiosa, que tenían ya mal heridos a algunos españoles y les ganaron la azotea y rompiéndola arrojaron fuego a la casa, donde para librarse dél los que estaban cercados, iban con barretas abriendo paredes y pasando de unas piezas en otras. Demás de la azotea, les habían ganado los enemigos un corral con veinte yeguas ensilladas, y prevenidas para pelear en ellas: pero fue tan repentino el asalto, que no dio lugar el enemigo de valerse dellas. Con que se hallaron en tan grande aprieto y con tan poca defensa y munición los cercados españoles, que si en este aprieto Dios no los favoreciera con una particular providencia, allí quedarán muertos. Esta dispuso Su Majestad con un modo singular, porque habiéndose juntado en esta ocasión una gran manada y tropa de potros, de que en grande cantidad había cría en esa estancia, venía la tropa dellos por el camino real, encaminada por ventura de algún ángel, y levantando tal polvareda, que pensando los indios que era socorro de españoles, que venían a favorecer a los cercados, alzaron el cerco y se pusieron en huida y los cercados en cobro, sin que muriese alguno de ellos, quedando muertos algunos de los tepehuanes. Suceso bien singular y no el primero, ni solo, con que Dios ha favorecido a sus católicos españoles, que defienden su fe, y librádoles no pocas veces de peligros entre estas gentes bárbaras, como en esta ocasión libró a éstos. Y si no todas veces lo hace, como veremos en el capítulo siguiente, eso es por los altos fines de su divina providencia. De la cual el sapientísimo Salomón y el Espíritu Santo por él: *Omnia in mensura, et numero, et pondere dis-*

*posuisti*; que dispuso todas las cosas conforme a su altísima sabiduría.

Mientras pasaba lo que queda contado en los puestos de la comarca de los tepehuanes, su mayor furor se mostraba en su propio y principal pueblo de Santiago Papazquiari, donde residían los Padres, llamados Bernardo de Cisneros y Diego de Orozco, que cuidaban de su doctrina y de otros pueblos de su partido. Teniendo, pues, alguna noticia el Padre Cisneros de que ya los indios trataban de poner en ejecución su rebelión, trató de repararlo y atajarlo por medio de un cacique principal de los indios, llamado don Francisco Campos, con otros dos sus allegados indios fieles, los cuales por serlo, no se hallaban en las cuadrillas de los conjurados. Con éstos trató el Padre que se informasen bien del designio de los inquietos y los procurasen sosegar y reducirlos a mejor consejo. Los tres indios se ofrecieron a hacer la diligencia y fueron a un pueblo cuatro leguas de Santiago donde estaba la principal junta de los conjurados. A éstos tenía enfurecidos de suerte el demonio, que en llegando a ellos los tres mensajeros que trataban de paz, sin dar otra respuesta, echaron mano del fiel don Francisco azotándolo de antemano a él y a otro de los compañeros, los mataron: el tercero se les escapó y pudo volver a dar esta triste nueva. La noche antes había tenido aviso el teniente de alcalde mayor de los españoles de Santiago, en esta forma. Llegaron dos emboscados, que no se supo quienes fuesen y por ventura indios fieles, que por no ser muertos de los conjurados, se encubrieron y dijeron al teniente se guardase, porque los tepehuanes trataban de alzarse. Habiendo precedido esto a que sobrevino la nueva de la muerte del fiel don Francisco (que fue a quince de noviembre y un día antes que los de Santa Catalina mataran al Padre Tovar) dio orden el teniente con los Padres, que toda la gente menuda y mujeres españolas e indios antiguos cristianos, que se habían avocindado en este pueblo, se recogiesen a la iglesia, que era de piedra y arrimada, a ella la casa de tapias de los Padres, para que ahí se reparasen todos del peligro que les amenazaba. Y aun tenían ya nueva, que una tropa de tepehuanes de doscientos indios de a pie y a caballo, grandes vaqueros, venían caminando. Los cuales el día que los de Santa Catalina dieron muerte al Padre Tovar, llegaron a este pueblo de Santiago y hallando ya recogida la gente en la iglesia y casa de los Padres, les pusieron cerco, para que nin-

guno se les escapase. Y la desgracia fue, que de los españoles cercados eran muy pocos los que podían salir a pelear, por hallarse desprevenidos de armas defensivas, ni ofensivas, bastantes a hacer rostro a tantos enemigos furiosos y que andaban muy vigilantes en el cerco. Pero con todo tuvieron traza para despachar un aviso al gobernador de la Vizcaya, distante veinte y siete leguas en Guadiana, pidiéndole socorro y representándole el aprieto en que se hallaban. Este aviso llegó jueves diez y siete de noviembre, a las once del día. Al punto se comenzó a disponer el socorro; y lo avivó más otro aviso, que llegó el mismo día, de una carta desmandada y sin firma y escrita tan de prisa, que no decía más que: Socorro, socorro, socorro, señor gobernador, que estamos a punto de muerte. Con esto hizo el gobernador abrir el almacén real y sacó dél lo que halló de pólvora, arcabuces y cotas y las demás armas, que no eran tantas cuantas pedía la facción no pensada. Armáronse a toda prisa veinte y seis españoles con algunos criados. Ya tengo advertido para los que no tienen noticias destas remotas tierras, que en ellas no se halla el número de españoles, que en lugares y ciudades populosas de España, donde en breve espacio se hacen grandes levadas de gente; ni los puestos que pueblan los españoles en tierras tan apartadas, vienen a estar en el riñón de la Nueva España, poblada de grandes ciudades de México y los Angeles y otras muchas, y distantes doscientas leguas. Y, finalmente por esta y otras razones, no se pudo armar mayor escuadra que la dicha, y por cabo della el capitán Martín de Olivas, minero rico de Topia y que era muy práctico en la tierra. Salió a toda diligencia al socorro, que no fue de efecto en esta ocasión, ni lo fuera ya en Papazquiario, para donde caminaba la escuadra, porque al tiempo que ella se prevenía en Guadiana, los enemigos que habían puesto el cerco a la iglesia en Papazquiario, no amansando su furor, habían obrado insolencias de robos, muertes de todos cuantos allí había y otras maldades, así en el pueblo como en el camino real para las minas, con lo que tenían ya todo destruido. Nueva triste, con que pareció al capitán Olivas y su escuadra, retirarse a paraje donde pudiese resistir al ímpetu de los enemigos, como adelante se dirá, en habiéndose contado el grande y lastimoso estrago que hicieron en Papazquiario.

Dieron bravos y varios combates a los cercados: en la iglesia pusieron fuego por dos veces a sus puertas, que procura-

ban apagar los cercados como podían; y a su vista, de una ermita que estaba cerca de la iglesia, sacaron furiosos una imagen de Nuestra Señora y cargándola un indio, otros dos la iban azotando: (testimonio claro del odio de la fe, que el demonio había encendido en los ánimos fieros desta gente, que les incitaba a acciones tan impías, horrendas y sacrílegas). Atravesábalos el corazón a los de dentro el verlas y no poderlas amparar y defender. Sacaron también los apóstatas endemoniados un crucifijo de una casa; y habiéndole arrasado, dieron con él en una esquina, echando por su boca infernales e insolentes blasfemias; llamándole ladrón, borracho, con otros mil oprobios de los que sufrió este divino señor de los judíos y gentiles, cuando en la prisión del huerto les dijo: *Haec est hora vestra, et potestas tenebrarum*. Y aquí los renovaron en su santísima imagen los poseídos del demonio, a quienes dio licencia para que ejecutasen en su sagrada imagen lo que los otros en su persona. Contra una grande cruz, que estaba levantada en la plaza del pueblo y cementerio de la iglesia, no se mostraron menos fieros, porque contra todo lo que era sagrado fue siempre su furor y rabia diabólica y con él inventaron otro nuevo ultraje contra la santa cruz. Este fue, como vaqueros que estaban hechos a andar a caballo y sabían jugar de lanzas y de jarretaderas; justando con ellas y con sus padrinos al lado, jugaban al estafermo y daban botes a la cruz, hasta que la hicieron pedazos. No pararon aquí las heréticas acciones: porque cogiendo de la ermita dos andas, en que solían sacar imágenes sagradas en procesiones de fiestas, pusieron en ellas a dos indias de las que más habían aplaudido su alzamiento; y las llevaron en su procesión sacrílega, ofreciéndoles en lugar de incienso y como premio de su empresa, los despojos que ya habían hurtado. En esta ocasión los afligidos cercados, con los pocos arcabuces y munición que tenían, se defendían a sí y a la iglesia, por todo el día del jueves, matando algunos enemigos, en acometimientos que a ella hacían, y quedando también heridos de las flechas algunos españoles y aguardando si les llegaba socorro de Guadiana. Hasta que el viernes llegándoles a los enemigos el suyo, de indios de Santa Catalina, que dejaban muerto al Padre Tovar, con otros que a estos se juntaron, llegaron a quinientos de a pie y de a caballo los que se pusieron sobre la iglesia y casa de los Padres y cuantos se habían acogido a ella. Aquí con nuevos bríos

de destruirlo todo, abrasaron todas las casas del pueblo, y luego pusieron fuego por cuantas partes pudieron a la iglesia. Al tiempo que ya sin remedio se iba abrasando; un indio apóstata llamado Miguel, que había servido a uno de los españoles cercados, disimulando su traición y por cogerlos vivos para ejecutar en ellos mayores crueldades que las del fuego, desde afuera y a voces dijo: que ellos los indios eran cristianos y querían volver a su amistad y paz con los españoles, con tal que saliesen de la iglesia y les entregasen las armas. Condición dura y sobre que habiendo dado varios pareceres los españoles apretados de fuego y de tanto número de enemigos, resolvieron, que para tratar con ellos sobre el modo de aceptar el partido que les ofrecían, enviarles otro indio que les dijese de su parte, que no querían otra cosa que salir de allí y dejándoles sus tierras, irse a vivir a la ciudad de Guadiana y que les diesen paso sin hacerles más daño. La respuesta de los traidores fue, que saliesen en buena hora. Con esto dispusieron el orden de su salida los que estaban ya en el último aprieto de perecer con el fuego; y quizás hubiera sido mejor morir allí abrasados con fuego encendido y padecido de mano de los que aborrecían la fe santa de Jesucrito; pero no podemos apear las disposiciones o permisiones de Dios en semejantes casos, y en que quiere que mueran sus siervos y fieles, por el modo que dispuso su alta providencia. Y no debemos condenar acciones, que aunque en la ejecución y ocasión no parecían acertadas; pero de suyo fueron buenas y santas. Y esta prevención pide el caso y suceso lastimoso que se sigue; y que guardando yo leyes de historia debo contar. El caso es, que en esta iglesia, que estaba cercada de los enemigos en Santiago Papazquiario, como de pueblo de indios cristianos y que fue el primero de los tepehuanes que se convirtieron y en el cual también había avecindados algunos españoles, estaba colocado en su tabernáculo y custodia el santísimo sacramento. En el tiempo, pues, que estuvo cercada de estos bárbaros la iglesia, no lo consumieron los Padres, como parece lo debían hacer; porque no sucediera alguna acción de irreverencia y ultraje a tan soberano misterio. Debióles de mover a conservarlo la devoción propia y de aquellos católicos cristianos, que querían confesar y comulgar en aquel peligroso trance en que se hallaban y tener el amparo de aquel señor y redentor del mundo, en su aflicción. También estaban en espera del socorro que habían pedido a Guadiana; y final-

mente no se persuadieron a que la temeridad de aquellos que al fin habían sido cristianos y ya les prometían paz, y dieron (aunque falsamente) muestras de arrepentimiento; que fuera tan temeraria su osadía, que llegara a los términos impíos y horrendos a que llegó. Y finalmente sin consumir el soberano sacramento, antes llevándolo en su compañía, dispusieron su salida de la iglesia en forma de procesión; en que mostraron morir como fieles cristianos, que profesaban la fe que perseguían los apóstatas de ella. Salió el P. Diego de Orozco, que era el que doctrinaba esta gente, con la custodia en las manos; el teniente de alcalde mayor, llamado Juan de Castilla, con una imagen de Ntra. Señora en las manos; y toda la demás gente de hombres y mujeres en orden de su procesión. En viéndoles fuera de la iglesia los tepehuanes de a pie, falsamente reconciliados y pérfidos a la seguridad que habían dado, llegaban a la custodia y de rodillas la adoraron. Acción con que iban cobrando los católicos cristianos alguna esperanza de seguridad, y que los dejarían salir libres de aquel peligro. Los indios, que pretendían hacer su hecho muy a su salvo, viendo que algunos españoles tenían todavía sus arcabuces, les dijeron que se los entregasen; pues sabían que ellos los indios no tenían munición para servirse de ellos. Los españoles entre tanto número de enemigos y gastada la pólvora, se vieron obligados a hacerlo y entregar las armas y ver si con esta acción podían hacer como dicen, del ladrón, fiel. Quedaba otro capitán reformado con la espada en la cinta; llegó un indio y se la quitó sin resistencia; porque no era tiempo aquel de vender el católico español bien su vida, que peligraba allí con ella la de otra gente menuda y mujeres. Proseguía la procesión y llegando a medio del cementerio, el P. Orozco con el Santísimo sacramento, como amoroso padre que doctrinaba a esta gente, con blandas y amorosas palabras y razones de ministro y pastor de estas almas, comenzó a procurar sosegarlas y reducirlas a mejor consejo del que habían tomado y que no olvidasen la doctrina divina que les había enseñado; que el Señor que allí llevaba los había creado y redimido; y que de no sosegarse y corregir lo hecho se les podía seguir mucho daño y castigaría Dios los agravios que en sí y en sus cristianos recibiese. En llegando aquí, reventando ya la furia infernal que por breve rato estuvo reprimida y tan de atrás estaba concebida con la doctrina del hechicero y de su diabólico ídolo, que hablaba; salió una voz

de los engañados indios y a una dijeron que mentía el Padre en lo que decía. Que el Dios de los cristianos, no hablaba como el suyo, que era el que les había dicho, que aquel mismo día habían de morir todos los cristianos. Y si permitió Dios que el ídolo se lo dijese y que ellos lo ejecutasen, fue para que se entendiese, cuán en odio de la fe de Cristo y por él y con él en su divino sacramento, morían tantas personas, hombres y mujeres, por ser cristianos. Porque en habiendo escupido esas blasfemias, embistieron con la custodia y cuerpo sagrado de nuestro redentor que quiso padecer en su sacramento, lo que había padecido en su persona y carne mortal. Y quitándole al Padre de las manos la sagrada custodia, la abatieron a la tierra, y añadiendo horribles blasfemias acocearon y pisaron al tremendo sacramento y a la imagen de Ntra. Señora, que llevaba el español, la hicieron pedazos y furiosos finalmente dieron la muerte a todos los españoles, hombres y mujeres, que serían como ciento. En el P. Diego Orozco, religioso de amabilísima condición y de grande religión y edad juvenil, por ser sacerdote de Cristo y que llevaba la sagrada custodia ejercitaron más su furia y crueldad. Porque antes de matarlo le cogieron en alto ocho indios, diciéndole por escarnio las palabras que de él habían oído en la misa: *Dominus vobiscum*; y respondiendo otros: *Et cum spiritu tuo*. Y trayéndole de esta suerte, desde afuera le tiraron un flechazo que le pasó la espalda de parte a parte; y después para que fuera su muerte más cruel, le cogieron entre tres y los dos de ellos lo tenían por los brazos en forma de cruz para que muriera como su Señor y redentor nuestro Jesucristo; el tercero de los indios con una hacha le abrió el cuerpo de alto a bajo: diciendo el bendito Padre antes de expirar: Haced hijos míos, de mí lo que quisieréis que por mi Dios muero; y con esto dio su alma a Dios en suavísimo holocausto. Al Padre Bernardo de Cisneros, que doctrinaba también a esta gente en compañía del Padre Orozco, le quitaron la vida con una lanzada y un golpe de macana en la cabeza; arma que es como porra, con que en breve expiró. Este bendito Padre fue de quien escribí que dos meses antes me había dicho, que a sus tepehuanes los hallaba inquietos, con hatolis, y embustes de un indio, que tenía consigo un ídolo endemoniado, con que traía engañada a esta gente, que el deseaba y procuraba desengañar. Y aquí le quería Dios dar el glorioso remate de su vida y trabajos, que padeció en ayu-

dar, cuanto era de su parte, a la salvación de estas almas. De todos los cristianos que estuvieron cercados en la iglesia, sólo se escaparon tres españoles y tres niños escondidos en un confesionario, que no atendieron a escudriñar los enemigos; porque en habiendo concluido con la fiera matanza de cristianos, para celebrar el remate de su bárbaro sacrílego triunfo, les tiró el vino que habían robado de las casas y recua de los españoles, con que se embriagaron a su gentilico uso y dieron fin a esta acción, que no fue la última que ejecutaron.

Habiendo salido a media noche los que se habían escapado del furor de los tepehuanes en Papazquiario, y caminando por sierras y quebradas fuera de camino, guiándolos dos españoles que se habían criado en aquella tierra, unos aportaron a Guadiana y otros a una estancia que estaba en el camino, antes de llegar a la que llaman de la Saucedá. Y los unos y los otros bien fatigados del camino. Un poco adelante de ésta marchaba el capitán Olivas, con los pocos españoles de socorro con que salía de Guadiana; y encontrando allí con los derrotados, y teniendo las noticias de los grandes estragos hechos por los enemigos en Santiago Papazquiario y del número de ellos y cuán enfurecidos quedaban, tomó resolución de volver a la Saucedá, para fortificarse en aquella casa, donde había algunos bastimentos; y desde allí dando aviso al gobernador, disponer lo que pareciese conveniente para el reparo del alzamiento y de los demás Padres que estaban en las otras Misiones; que como práctico en la tierra, conocía el riesgo que corrían. Llegó aquí al mismo tiempo el Padre rector de Guadiana, que con los rumores de alboroto que allí habían llegado, iba a ver en qué podía socorrer a sus hijos. Apenas hubieron entrado él y el capitán en la estancia, cuando dio sobre ella el ejército de los enemigos. Salió algunas veces a rechazarlos el capitán con su gente y tuvieron algunas refriegas y escaramuzas en que no hubo mucho daño de una parte, ni de otra; y el capitán Olivas se iba entreteniéndose, hasta que le llegara socorro de más gente de Guadiana. Quiso Dios que llegó el que llevaba el capitán Gordejuela, que tenía una rica estancia de ganado cerca de Guadiana y juntando a su costa un buen número de soldados y él lo era en el de valor y experiencia en guerras de indios bárbaros; y como tal salía a socorro de tanta importancia contra ellos. Llegaron también otros españoles de la comarca, que derrotados



venían a guarecerse a este puesto. Los enemigos muy reforzados de su gente de a pie y de a caballo, que también se les había juntado, acometieron cuatro veces la casa, que era menester guardar, por haber en ella gente menuda y bastimentos. En estos acometimientos recibieron daño de los arcabuceros los enemigos, que les obligaban a retirarse; y así fue poco el que recibieron los nuestros de sus flechas. Detuviéronse aquí los capitanes con su gente cuarenta y dos días y en ellos salieron a pelear en campo abierto algunas veces con el enemigo, que como estaba en su tierra con bastimento y alentado con las muertes de los españoles y despojos que habían cogido, sustentaba la guerra, aunque retirándose a veces. Y en estas retiradas salió a buscarlos el capitán Olivas con la gente que podía sin desamparar su fortificación; dioles albazos, o asaltos a los enemigos, cogiéndoles descuidados al alba en algunas rancherías y con feliz suerte, degollando los españoles algunos de los principales agresores del estrago de Santiago Papazquiario; recobrándose muchas armas que con el despojo y muerte de españoles habían hurtado, arcabuces, cueras y espadas; y además de eso ornamentos sagrados de culto divino, frontaleras, albas y otras cosas y aún ganados que habían recogido para su sustento; abrasó las casas que tenían y sin pérdida de soldado alguno suyo, volvió a su puesto de la Saucedá donde ya estaba recogida de nuestra gente, como cuatrocientas personas. Pero como mucha de ella era gente menuda y mujeres, y por otra parte no era ya de efecto el conservar este puesto; y porque era menester tomar más de propósito y con más prevención la guerra y castigo de esta nación; se resolvieron los dos capitanes de poner en salvo la gente recogida a esta estancia. Y así, haciendo escolta con sus soldados la llevaron y pusieron en salvo en Guadiana. Y para que se entienda cuán persuadidos estaban de su diabólico ídolo y hechicero los tepehuanes, que de ésta habían de quedar acabados y muertos todos cuantos españoles y cristiandad había en su tierra, diré aquí el caso que sucedió luego que los españoles se juntaron en esta estancia de que hemos hablado de la Saucedá. Dos indios tepehuanes que no debían haberse hallado ni sabido lo que había pasado en este puesto; antes pensando que ya todo aquí estaba acabado y abrasado, como en el pueblo de Santiago, se entraron descuidados con su arcos y flechas por las puertas, buscando despojos. Cogiéronlos los españoles y presos les tomaron su confesión;

y declararon que su designio era destruirlo todo hasta la misma ciudad de Guadiana y su jurisdicción. Y lo cierto fue como después veremos, que estuvo con grandes recelos de su ruina y destrucción. Los españoles, habida esta confesión, se resolvieron a tener estos enemigos menos, y así los ahorcaron y no tuvieron que guardar. Con que se remató el suceso de las refriegas y acometimientos que pasaron en la Saucedá. Y nos faltan otros muchos, con lastimosos desastres y muertes de religiosos Padres y españoles, en otras partes y puestos de la comarca, que contar.